

Si os acordáis de la antigua fábula de la princesa que no conseguía dormir porque había un guisante debajo del último colchón de la montaña de colchones sobre la que se había acostado, os parecerá más comprensible la historia de este viejo señor. Un viejo señor muy bueno, más bueno que cualquier otro señor viejo.

Una noche, cuando ya está en la cama y va a apagar la luz, oye algo, oye una voz que llora...

—Qué raro —dice—, me parece oír... ¿Habrá alguien en casa?

El viejo señor se levanta, se pone una bata, recorre el pequeño apartamento en el que vive completamente solo, enciende las luces, mira por todas partes...

—No, no hay nadie. Será donde los vecinos.

El viejo señor vuelve a la cama, pero al cabo de un rato oye otra vez aquella voz, una voz que llora.

—Me parece —dice— que viene de la calle. Seguramente que ahí abajo hay alguien llorando... Tendré que ir a ver.

El viejo señor vuelve a levantarse, se tapa lo mejor posible, pues la noche es fría, y baja a la calle.

—Vaya, parecía que era aquí, pero no hay nadie. Será en la calle de al lado.

Guiado por la voz que llora el viejo señor sigue y sigue, de una calle a otra, de una a otra plaza, recorre toda la ciudad y junto a la última casa de la última calle encuentra a un viejecito en un portal que se lamenta débilmente.

—¿Qué hace aquí? ¿Se siente mal?

El viejecito está tumbado sobre unos cuantos andrajos. Al oír que le llaman se asusta:

—¿Eh? ¿Quién es?... Ya entiendo. El dueño de la casa... Me marchó

en seguida.

—Y ¿dónde va a ir?

—¿Dónde? No sé dónde. No tengo casa, no tengo a nadie. Me había resguardado aquí... Esta noche hace frío. Tendría que ver lo que es dormir sobre un banco, en los parques, tapado con un par de periódicos. Es como para no volverse a despertar. Pero bueno, ¿y a usted qué le importa? Me voy, me voy...

—No, oiga, espere... No soy el dueño de la casa.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Un poco de sitio? Acomódese. Mantas no hay, pero sitio hay para los dos...

—Quería decir... En mi casa, si le parece, hace un poco más de calor. Tengo un diván...

—¿Un diván? ¿Al calor?

—Ale, venga, venga. ¿Y sabe lo que haremos? Antes de dormir nos haremos una buena taza de leche...

Van a casa juntos, el viejo señor y el viejecito sin casa. Al día siguiente el viejo señor acompaña al viejecito al hospital porque ha cogido una fea bronquitis de dormir en los parques y en los portales. Después regresa, ya de noche. El viejo señor está a punto de acostarse, pero vuelve a sentir una voz que llora...

—Vaya, otra vez —dice—. Es inútil que mire en casa, sé muy bien que no hay nadie. También es inútil que intente dormir: seguro que no lo conseguiré oyendo esas voces. ¡Ánimo! vamos a ver qué pasa.

Como la noche anterior, el viejo señor sale y camina, y camina, guiado por la voz que llora que, esta vez, parece venir de muy lejos. Anda y anda y atraviesa toda la ciudad. Sigue y sigue y le sucede algo muy extraño porque se encuentra andando por una ciudad que no es la suya, y después en otra. Continúa y continúa, cada vez más lejos. Atraviesa toda la región. Llega a un pueblecito en lo alto de una montaña. Allí hay una pobre mujer que llora porque tiene un niño

enfermo y a nadie que vaya a buscarle un médico.

—No puedo dejar al niño solo, no puedo sacarle con esta nieve... Hay nieve por todas partes. La noche parece un desierto blanco.

—Animo, ánimo —dice el viejo señor—, explíqueme dónde vive el médico, iré a buscarle, le traeré yo mismo. Mientras tanto, lávele la frente al niño con un paño húmedo, le refrescara, a lo mejor podrá descansar.

El viejo señor hace todo lo que tiene que hacer. Y héle de nuevo en su habitación. Ya es la noche siguiente. Como de costumbre, cuando está a punto de dormirse, una voz se introduce en su sueño, una voz que llora y parece estar allí junto a la almohada. Ni oír hablar de dejarla llorar. Con un suspiro, el viejo señor vuelve a vestirse, sale de casa y anda y anda. Y le sucede la acostumbrada cosa extraña, muy extraña. Porque esta vez atraviesa toda Italia, cruza también el mar, y se encuentra en un país donde hay guerra, y hay una familia que se desespera porque una bomba le ha destruído la casa.

—Valor, valor —dice el viejo señor. Y les ayuda como puede. No puede solucionarlo todo, como es natural. Pero al fin dejan de llorar y él puede volver a casa. Ya se ha hecho de día, no es cosa de meterse en la cama.

—Esta noche —dice el viejo señor— me iré a descansar un poco antes.

Pero siempre hay una voz que llora. Siempre hay alguien que llora, en Europa, o en África, en Asia o en América. Siempre hay una voz que llega por la noche a la casa del viejo señor, junto a su almohada, y no le deja dormir. Siempre así, noche tras noche. Siempre siguiendo a una voz lejana. Puede venir del otro lado del mundo, pero él la oye. La oye y no consigue dormir...

Un día el hombre humilde cayó gravemente

enfermo, y lo llevaron; **URGENTEMENTE!** al hospital.

A todas las personas que había ayudado aquel señor, acudieron al hospital para visitarle y le trajeron muchos **REGALOS**. El viejo señor, se sentía muy agradecido porque sabía que había gente que lo quería. Paso el tiempo y el viejo señor no se recuperaba. La gente quería hacerle

un regalo muy **GRANDE** por lo que él había hecho por ellos. Así que toda la gente le apoyó para participar en el Premio Nobel de la Paz.

Desafortunadamente el hombre murió. Pero toda la gente que el había ayudado siempre lo recordó en su corazón como el

Mayor Héroe De La Paz.

6° B